

[Max Aub, o la urgente necesidad de dar fe y comprender](#)

Enviado por raquel el Vie, 11/28/2008 - 00:19

Antetítulo (dentro):

LA LABERÍNTICA TRAYECTORIA DE UN ESCRITOR DEL EXILIO

Sección principal:

[Culturas](#)

Cuerpo:

El siglo XX no es del
cine o los automóviles,
sino el de La
metamorfosis. Probablemente,
cuando Kafka
escribió su angustiante novela,
no podía ser consciente
de la potencia del símbolo
que estaba acuñando, del
calado de un texto que expresaría
perfectamente la
condición de millones de
personas en la era de los fascismos:
la de la víctima inocente
y pasiva.

Al igual que en el relato de
Kafka, hubo un día en que
millones de personas despertaron
siendo ya cucarachas,
es decir, habiendo sido
así metamorfoseadas por un
Poder enloquecido, que las
abocaba sin remedio a la
captura y la muerte. Bastaba
poseer la condición de judío,
o comunista, o trostkista, o
republicano... para que la
saña burocrática y homicida
del Estado te convirtiese en
un ortóptero ejecutable.
Ése fue el tiempo que le
tocó vivir a Max Aub; pero a
su condición de víctima, Aub
añadió también la de testigo
y combatiente, y lo hizo con
las exiguas armas que puede
alcanzar un exiliado vencido
exactamente en tres
guerras consecutivas: la escritura,
y la urgente necesidad
de dar fe y de comprender.
Sí, Aub vivió tres guerras
que determinarían su
vida de manera brutal. La
primera de ellas le sorprendió
en París, donde había
nacido en 1903 de padres judeo-

alemanes, hecho éste que determinó su expulsión de Francia en 1914, pese a ser inocentes de cualquier cargo salvo aquel que apuntaba a su pasaporte.

Por suerte para la literatura española, los Aub recalaron en Valencia, donde el joven Max se enamoró para siempre del Mediterráneo y de una lengua castellana que, pese a su maestría a la hora de escribir, nunca llegaría a pronunciar correctamente. En Valencia creció, estudió el bachillerato y empezó a militar en la vida cultural de la II República, transitando por las vanguardias y la deshumanización del arte promovida por Ortega, bajo cuya influencia empezaría su carrera literaria con textos más o menos ensimismados. Sin embargo, su gran literatura es social, y política, y tiene como motivación fundamental, como brusco resorte, la irrupción abrumadora de la Historia, esto es, de las guerras civil y mundial.

Durante la primera de estas guerras, Aub, entre otras cosas, codirigió junto a André Malraux el largometraje Sierra de Teruel, cine de urgencia y propaganda que sólo podrían medio terminar en el país vecino, tras haber abandonado la península por los Pirineos en enero de 1939. Por segunda vez Aub perdía una guerra, era expulsado de un país y se convertía de nuevo en víctima, en exiliado. No sería la última.

En 1940, en París, una denuncia anónima (que le acusaba de comunista y hebreo) le haría entrar en la rueda alucinante de las cárceles francesas, metamorfoseándole definitivamente en ortóptero.

Aub pasó así una buena temporada en un infierno de presidios y campos de concentración, del último de los cuales, Djelfa, en el Atlas argelino (el más duro de todos, donde vio morir a infinidad de compañeros) consiguió escapar en 1942 hacia Casablanca, para desde allí viajar definitivamente a México, la tierra de promisión de tantos exiliados. Era la tercera vez que Aub perdía una guerra, y la tercera vez que como consecuencia de ello tenía que abandonar un país, porque la II Guerra Mundial no sólo la perdió en la medida en que le supuso prisión y dolor, sino también porque la legitimidad de la República no fue reconocida por los aliados, ni Franco fue derrocado, ni los exiliados pudieron regresar ya nunca a casa (al menos de forma colectiva, de forma política).

La fiebre del testigo

Dar fe y comprender. Desde su primer exilio Aub asume que ésa va ser su función, su ética y estética literarias, y a ello se dedica obsesivamente, acuciado por la fiebre del testigo que no quiere que se olvide aquello que ocurrió, pero que parece increíble e inverosímil que llegara a ocurrir. De ahí que no sólo sea preciso contarlos, sino también que sea imprescindible comprender por qué sucedió.

De su ingente obra (Más Aún, le llamaban en México), El laberinto mágico se destaca con sus seis volúmenes como el más complejo empeño literario sobre la Guerra Civil. Aub, ahora realista y testimonial, es un escritor voraz, omnívoro, y en su obra, que es galdosiana y vanguardista al mismo tiempo, caben todos y todo.

Todos los recursos literarios
y todo tipo de personajes,
unos personajes que están
más vivos que la vida y que
generan en su creador la
misma melancolía que la
gente de verdad, la misma
piedad y acaso el mismo
amor (como cuando se declara
enamorado de su personaje
Asunción, que permanece
joven mientras él
envejece).

Sí, la escritura es un arma
leve si la enfrentamos a la
dureza de un blindado, pero
es un arma del tiempo, capaz
de anular al tiempo y hacer
que la historia y la vida
sean recreadas infinitas veces,
y que los personajes literarios,
esos fantasmas de
palabras, sean seres en lucha
sorda contra el olvido. O
quizás no, porque no siempre
lo que es bello y justo se
impone sobre lo que no lo
es. Así, Max Aub, un escritor
apenas conocido, todavía
habitante de un exilio infinito,
incómodo para unos y
otros, postergado, con una
obra que durante decenios
ha sido difícil de encontrar
en las librerías. Construida
la restauración democrática
sobre la desmemoria, la impunidad
y la mentira, apenas
hay sitio en ella para una
sinceridad y una denuncia
radicales como la suya.

Recuadro:

Temáticos:

[Libros](#)

Edición impresa:

Licencia:

[CC-by-SA](#)

Compartir:

Tipo Artículo:

Normal

Autoría:

[PEDRO SÁEZ](#)

